

que el espíritu de la paz y del derecho encuentre un asilo más allá del Atlántico. Mientras más Europa derrocha sus capitales, más necesario resulta que América los acumule con incansable sagacidad.

Mientras más las guerras y las revoluciones hagan declinar en Europa la alta cultura, tanto más preciso es que América trabaje por su progreso y por su esplendor.

Ninguna crisis de nuestra civilización, por violenta que sea, habrá de ser mortal, con tal de que se encuentre limitada a uno solo de los dos continentes. Pero en cambio, la crisis podría ser mortal el día en que los dos continentes se encontraran simultáneamente enfermos y en la imposibilidad de ayudarse.

«¡Si la América fuera más adulta!» me escribía hace algunos meses un ilustre diplomático de uno de los gran-

des Estados de la América del Sur...

Es evidente que la gran catástrofe europea ha sorprendido a América desprevenida. América tampoco estaba preparada para desempeñar el papel que casi le han impuesto los acontecimientos de un día para otro.

Pero vivimos en un tiempo en que los días hacen madurar los espíritus y las voluntades, como sólo conseguían en otra época los años.

América, o por lo menos sus Estados más importantes, del Norte y del Sur, no dejarán de cumplir el gran deber que la historia les ha reservado para este momento crítico y terrible en que Europa y su vieja civilización se encuentran expuestas a tantos peligros.

GUILLERMO FERRERO.

Florencia, octubre de 1923.

(*Excelsior*, México, D. F.)

## REFLEXIONES Y LECTURAS

# Los primeros son los últimos

HACE años, varios industriales, en distintos países, se decidieron a construir un nuevo tipo de hornos para la producción del acero. Las fábricas prosperaron, gracias a esa invención, y las ganancias afluyeron copiosamente a las cajas de las felices Empresas. El dinero se distribuyó como es uso. El capital se embolsó su parte; defendieron los obreros la suya; sacaron su congrua porción los técnicos; se aumentarían los fondos de reserva; percibió sus impuestos el Fisco, y aún sobraron quizás algunas cantidades para obras benéficas. No faltaba nada en el reparto. A cada cual, lo suyo. Intereses, jornales, sueldos, ahorros, contribuciones, limosnas... A nadie se había olvidado.

Mas parece que los industriales—un fabricante inglés, uno alemán—cayeron, al fin, en la cuenta de que habían olvidado a alguien. Si ellos estaban enriqueciéndose con los nuevos hornos, debíanlo, en primer término, a quien descubrió el principio científico que había permitido construirlos, y del cual no eran más que una simple aplicación práctica todas aquellas afortunadas explotaciones fabriles.

Había que buscar al inventor. Como el inventor resultaba ser un sabio francés, M. Martin, los industriales enviaron generosamente un cheque para él al *Comité des Forges*, de París. Pero el Comité no dió con el pobre M. Martin. El investigador científico, primer creador de aquella riqueza industrial,

había ya muerto. Súpose entonces que vivió en la miseria, ignorado, en el fondo de una aldea remota. Su labor no tuvo un precio. Tuvo un valor, sin embargo, un valor de millones.

He ahí un caso interesante, porque tiene una general trascendencia. Lo ha referido en la Sociedad de las Naciones M. Jacques Bardoux, ponente en la Sección de Cooperación intelectual. A la hora de repartir lo producido, entre el choque de las fuerzas económicas, el mundo se olvida de que, allá lejos, en el silencio de un laboratorio desdeñado, hay un trabajador del pensamiento que, mientras todos reclaman su parte, no vendrá a presentar la cuenta.

M. Bardoux, inspirándose en las proposiciones de M. Barthélemy y del senador Ruffini, ha llevado a la última Asamblea de las Naciones el esbozo de un proyecto para remediar esta injusticia. Bien está que circulen libremente por el mundo todas las invenciones útiles. Pero se trata de que una legislación internacional, análoga a la de la propiedad literaria y de las patentes de invención industrial, ampare los descubrimientos científicos, garantizando a su autor una parte de lo que luego indirectamente produzcan.

Ese noble propósito es de difícil ejecución. Lo reconocía el propio ponente, distinguido representante de Francia. «Sin embargo,—agregaba—, nosotros no estamos aquí para realizar cosas fáciles, sino cosas justas».

La dificultad aumenta a medida que

nos vamos elevando a las cumbres más altas, más libres, más puras, de la Ciencia y del Arte. Podemos llegar con nuestro cheque hasta M. Martin, el creador de un invento concreto y utilizable. Pero M. Martin, a su vez, no habría podido realizar este invento si antes otros hombres geniales, en la rebusca desinteresada de la verdad, no hubieran hallado principios matemáticos y leyes físicas, de carácter general y teórico, sin ninguna relación inmediata con la vida humana. Más aún. Esos mismos genios no habrían surgido, de no existir previamente una atmósfera espiritual propicia, un ambiente elevado en el que colaboraron los filósofos, los artistas, los educadores morales. Cada cultura es un todo. Como Spengler ha mostrado, el alma clásica se expresa lo mismo en la escultura de Fidias que en la matemática de Arquímedes, así como el alma moderna se manifiesta igualmente en el cálculo diferencial que en la pintura de paisaje. ¿Hasta dónde habrían de ir, pues, con sus cheques los industriales del acero?

Bueno será, no obstante, que, por lo menos, los cheques lleguen a tiempo a los M. Martin de mañana. La sociedad es harto ingrata con los que alumbran primero las fuentes de su riqueza y de su bienestar. M. Martin, en la penuria de la aldea, pudo recordar que a Jacquart, el inventor de la máquina de tejer, estuvieron a punto de tirarlo al Ródano, y que a Fulton le destrozaron rabiosamente el primer modelo de buque de vapor.

Colón no partió con sus naves hasta que los monarcas le prometieron hacerle visorrey y gobernador perpetuo de todas las islas y tierra firme que descubriese en la mar oceana. Mas los descubridores de los nuevos mundos del pensamiento y de la belleza hacen donación generosa de cuanto hallan, pues en los libres continentes ideales no cabe cobrar rentas de gobiernos ni establecer perpetuos virreinos. Lo que ellos con indecible esfuerzo encuentran no es para ellos. *Sic vos non vobis...* Como las abejas virgilianas, fabrican para otros, para todos, la miel divina de los panales del espíritu.

Pero la sociedad debe velar pródigamente para que no se interrumpa la obra del pensamiento superior y de la alta investigación, que nadie en particular solicita ni retribuye, y a todos en general aprovecha y dignifica. Esa función de los antiguos Mecenas corresponde al moderno Estado. Bueno será que la sociedad no lo olvide, en esta época de centenarios, monumentos y glorificaciones a los genios preteritos.

LUIS DE ZULUETA

(*La Libertad*, Madrid).